

NACHO LÓPEZ MURRIA

**PARÍS ERA
UNA RAVE**



Macleín *y* Parker

Primera edición

Junio de 2022

Del texto

© Nacho López Murria, 2022

De la cubierta

© Lara Lars, 2022

www.instagram.com/_lara_lars_

De esta edición

© Macleín y Parker, 2022

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-125030-2-9

Depósito Legal: SE-994-2022



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

La vida es una lenteja, o la tomas o la dejas...

A Becca

Hace el baile de San Vito para comprobar que lleva la cartera con el DNI y el dinero en el bolsillo interior de la chaqueta, el móvil en el bolsillo derecho delantero del pantalón y la cabeza colocada encima del cuello. «Una puñetera boda en París», piensa pisándose los cordones de las zapatillas. Llegar a fin de mes es casi un videojuego de Arcade donde, si resbalas en una plataforma, pierdes una vida y a cambio ganas una factura. Pero no importa, es París. Un casamiento diferente, en otro país, con algunos amigos que hace tiempo que no ve y un montón de desconocidos que vienen desde los Estados Unidos. Además, recorrer de nuevo Montmartre por su zona costumbrista, para aventurarse dando vueltas por las calles que ya conoce en la ciudad del brillo decadente, es una buena manera de distraerse de la rutina.

Ona arrastra la maleta para colocarse en la fila de *No priority*, a la espera de coger el avión que la llevará al aeropuerto de Beauvais, el más alejado de los tres que tiene la ciudad francesa. Solicitó cuatro días de sus vacaciones con tanta antelación, que tuvo que apuntar la fecha en mil pósits para no olvidarla. Su jefe de sección se burló de ella

al averiguar que Ona acudiría a una boda en una ciudad tan amorosa sin pareja. Mario es un entrometido porque no tiene vida propia. Pero en el fondo, ¿qué es tener una vida? Si al final nos fundimos las horas en trayectos que van de casa al trabajo y del trabajo a casa con sus correspondientes noventa minutos de espera en atascos de ida y vuelta. La verdad es que ese no es su caso, porque desde hace unos años tiene la oficina dentro del portátil.

Por primera vez en mucho tiempo, Ona abandona su puesto de atención al cliente a través del chat de Amazon, para transformarse en un ansiado personaje de ficción. O eso es lo que su mente ha ido generando los días previos al viaje que está a punto de acontecer. La realidad, a veces, se intenta superar por encima de las cosas simples, pero nunca suele hacerlo basándose en fábulas.

Se mueve por el aeropuerto con los pasos de un terrorista a punto de mearse encima, justo antes de cometer el peor atentado de la historia. Deambula inquieto al atravesar la desmesurada masa de gente, apelotonada en el control de seguridad. Está acostumbrado a recopilar tiempo inservible, debido a su entrenada puntualidad y a llegar demasiado pronto a los sitios. Leo ha recogido varias pelusillas del suelo sin mirar. Un duelo a muerte con su peculiar TOC, que no le permite soportar ni un pelo de tonto ajeno, transformado en la típica bola de polvo gris que corretea o permanece ante su campo de visión. Es su batalla interna creada por él mismo. Le dan tanto asco, que siempre le provocan arcadas terribles. Y, claro, no sería la primera ni la última vez que vomita en un lugar público por culpa de

las inanimadas bolitas peludas. Además, su problema es con las que se encuentran en grandes espacios como el de ahora, la T2 del aeropuerto de Barajas. Así pues, ha sacado un clínex reseco y ha recogido la susodicha mata gris para tirarla en la basura más próxima. No es que Leo Rojo sea la típica persona llena de movidas extrañas en cuanto al orden, el mandato de los números pares en su estructura binaria ni nada por el estilo. Su problema es sencillo: le dan puto asco las pelusas y punto. Abandona la maleta en un asiento cualquiera. Se dirige a comprar un sándwich y una botella de agua para el viaje hasta el aséptico aeropuerto de Beauvais. Leo Rojo, un simple articulista cultural de la era de internet, va a asistir a una de las conocidas fiestas de Joan Santonja. No es que Joan sea precisamente una celebridad. No, no lo es. Pero sí es la típica leyenda que se mastica entre las conversaciones de los amigos de tus amigos. Un español que se cambió de país en busca de nuevas oportunidades y que acabó trabajando como productor en un canal de televisión francés. Un adicto a las jaranas y a la invitación desmedida de rondas de pintas, copas varias y chupitos de Thunder Bitch. Santonja es el jefe de su amiga Amparo, que reside también en París desde hace dos años, y la persona que le dio la idea de escribir un artículo en el magacín digital en el que trabaja, recogiendo así las travesuras que suelen ocurrir en las fiestas del piso situado en el distrito número 12 de la ciudad de la locura y la métrica de la mala educación.

El dato que más cautiva a Leo es uno en concreto: según su amiga, asidua a las fiestas de su jefe, el vecino de abajo no es otro que el mismísimo escritor y cineasta Alejandro

Jodorowsky. El anciano sufre constantemente las sonoras *raves*. De ahí el grito que se da en cada una de las celebraciones: «¡Yo jodí a Jodorowsky!». Cada nuevo invitado entra a formar parte de una secta un tanto *hipster*. Se dice que el místico de Jodorowsky utiliza la friolera de cuatro palos de escoba atados entre sí para golpear el techo de su enorme vivienda a modo de contraataque por las molestias causadas. DJs, bandas musicales, *performance* y otras actividades se dan cita en la denominada *Secret Fairy Day*. Ni la policía ni la presencia magna del escritor en el centro neurálgico de la *fête* consiguen evaporar la furia y la diversión que tienen lugar una vez al mes en la Avenue Daumesnil. En cuestión de horas, Leo también podrá decir que jodió a Jodorowsky.

El avión despega de la pista. A Ona se le cae el libro que pretendía empezar al estrecho pasillo. Lo coge disimulando que es una torpe coherente. Al acomodarse de nuevo, se fija en que el chico que se sienta a su altura, al otro lado del pasillo, también lee un libro de Kosaka, su autor favorito. ¿Es una romántica coincidencia? ¿Es una señal de Santa Sandra Bullock? ¿Desde cuándo cree en el amor? ¿Desde que todas las inconscientes de sus amigas se casan, al mismo tiempo que preparan el espacio de sus úteros para engendrar criaturas salvajes, que saldrán como ramilletes de fuego de sus adentros? No es el mismo libro que el de Ona. Pero está leyendo una novela de Kosaka. Piensa que debería dejar de obsesionarse por todo. Por cualquier mosca cojonera que cruza volando en el aire. La culpa es de tener tantos descansos dedicados a la imaginación en los huecos entre una asistencia y otra.

A veces siente los golpes y la frustración de los clientes decepcionados y ella intenta estar a la altura de cada situación, buscando la mejor opción para corregir los errores del gigante multinacional. Al principio, cuando comienza una conversación con un nuevo cliente indignado, todo son recriminaciones, insistencias, repeticiones continuas del drama, palabras malsonantes y blablablá. Pero Ona consigue resolver las consultas con una eficacia del 90 por ciento. Debido a su buen hacer, los afectados suelen confundir su labor con un interés que va más allá de un vale de cinco euros en su siguiente compra por las molestias causadas. Muchas de las atenciones acaban en rústicos intentos de flirteo por parte de los aquejados. Solo una vez se sintió tentada, cuando un chico le dejó escrito su teléfono para que ella lo contactara fuera de la web. Mantuvo un breve romance escrito y no pasó nada. Ningún supervisor se enteró de lo sucedido. Tiempo después, el contacto con el chico se fue enfriando. Pero el foco donde Ona hace incisiones mágicas es en la posibilidad de conversar, en una de sus aburridas jornadas laborales, con un viajero temporal que le facilite retazos de lo que ocurrirá en el futuro. No le importaría incluso que dicho viajero fuera alguien aburrido en su casa mareando la perdiz a la pobre Ona, a la que le toca de vez en cuando trabajar los domingos, sentada frente al ordenador, hinchándose a comer Doritos y tostadas con Nocilla.

El camino lejano al puerto de almas. Ese es el libro del chico de al lado. La impericia de Ona saca al dueño de esa novela de su ensimismamiento. No es otro que Leo y que, con dicha casualidad, propiciada por el escritor

nipón, conoce a Ona. Sin decirse nada, sonríen chocando sus libros a modo de saludo. Leo se fija en el título del de ella. *Amores sin balas en el dolor de un acorazado*.

—Oh. Kosaka. ¿Te gusta?

—¡Sí! —De repente se crea un microsilenio que aísla la posibilidad de un agradable diálogo.

—Mola. —En las dichosas y repetitivas películas esto fluye con réplicas ágiles e inteligentes, piensa Leo. —¿Te has leído *El camino lejano al puerto de almas*?

—No... ¡Todavía no! —Ona está nerviosamente positiva. Le gustan los encuentros inesperados. ¿A quién no le gustan?

—Si quieres te lo dejo... Cuando termine de leerlo, quiero decir... —«No la conoces, Leo, ¿cómo y cuándo se lo vas a dejar? Si tú odias prestar libros, so idiota.»

—Me llamo Ona. —Y Ona se deja llevar por las corrientes eléctricas de su sistema nervioso, creado por la mismísima industria comercial de Hollywood o la decadente oferta amorosa del Corte Inglés.

—Yo, Leo. Quiero decir que me llamo Leo, aunque «yo leo» es evidente. —Y, con el rubor del chiste, ofrece su libro para que ella vuelva a chocar el suyo, esta vez con la meticulosa ilusión de recrear dos besos en las mejillas que no se dan. Esto sí empieza a asemejarse terriblemente a una *tv movie*. Leo sonríe para sus adentros. —¿Primera vez en París?

—¿Eh? No... Tengo unos amigos viviendo allí. ¿Y tú?

—Tampoco. También tengo una amiga que vive allí. —Enseguida se da cuenta del posible error al ofrecer ese dato. A lo mejor Ona se cree que esa amiga es una posible

«amiga». —De la uni, de siempre... De la universidad, quiero decir...

—Ah... —La aclaración es recibida en un grado paliativo, apta para un factible lazo sentimental. Ona no tenía planificado enamorarse dentro de su organigrama de posibles objetivos personales a corta distancia. —Mola.

Los dos se cuentan mutuamente las razones de sus visitas a la capital del estilo y el frenesí, lejos de ocupar los sofás de los ya mencionados amigos. A Leo, una boda en París se le antoja pretenciosa, pero Ona le confirma que en realidad va a ser más bien modesta. Vicent —amigo del instituto— se casa con Channel cumpliendo dos de sus sueños: vivir en París y casarse con una americana. Vicent regenta un pequeño bar en la zona no turística de Montmartre, El Tast, en el 70 de Rue Duhesme, a escasos metros de la parada de metro de Jules Joffrin y Channel enseña inglés en un colegio bilingüe. La ceremonia reunirá gente de Valencia, por parte del novio, y de Richmond, Virginia, por parte de la novia. Para los dos pasajeros del vuelo T2CM6Z de Ryanair que portan sendas novelas de Kosaka, es otra agradable casualidad descubrir que son valencianos afincados en Madrid. Leo lleva diez años en la capital, se mudó allí para terminar la carrera de periodismo. Pronto consiguió trabajo, por un sueldo mínimo, escribiendo artículos de sociedad. Su posición cambió cuando lo llamaron para encargarse de la gestión de Lodo, un renombrado portal de prensa cultural, artículos marcados por el diferencial de sus contenidos, reseñas de discos, cómics y libros. Leo Rojo es conocidillo por todo aquel cuyo interés social se base en la melomanía y el fanatismo